

mujeres mexicanas del siglo XX

La otra revolución



Francisco Blanco Figueroa

la responsabilidad de cada día

SOCORRO DÍAZ PALACIOS

Afortunadamente no he sufrido ningún tipo de discriminación por ser mujer, ni siquiera el hecho de no recibir un salario igual al de un hombre. Mi padre me formó en la idea constitucional de que a trabajo igual, salario igual. No me enfrenté con grandes obstáculos para ir avanzando, y al llegar a la dirección del periódico *El Día* cumplí mi mayor anhelo profesional.

No volvería a dirigir un periódico. Mi vida está orientada hacia otro rumbo, pero aquellos tiempos fueron de grandes satisfacciones. Demostré que una mujer es capaz de dirigir un medio de co-

municación masiva, lo cual, de algún modo, abrió las puertas para que hubiera mujeres en la dirección de otros medios. A los 27 años fui la primera mujer que recibió el Premio Nacional de Periodismo; a los 32 fui la primera directora de un periódico nacional. También fui la primera líder de la mayoría parlamentaria, la primera subsecretaria de gobernación y, luego, directora de una empresa paraestatal. En todo he puesto un gran empeño. Nunca volveré a desear algo tan intensamente como fue ser directora de *El Día*, pero eso se debe a que, cuando uno es joven, los deseos son más apasionados. Sin embargo, tengo otros sueños y quiero cumplirlos.

la siembra

Nací al pie del cerro de la Media Luna —el mismo de la referencia literaria hecha por Juan Rulfo en *Pedro Páramo*—, en Pueblo Juárez, Colima, en 1949. Mi padre es ejidatario y mi madre se dedicó al hogar, al comercio pequeño y a la costura, de acuerdo con las necesidades económicas de la familia. Durante sus años de juventud fue alfabetizadora cardenista. De ella aprendí el significado de la solidaridad y la cercanía con los que tienen escasos recursos.

Estudié la primaria en una escuela rural federal. Ahí tuve las primeras experiencias de aprendizaje e inicié mi relación con las condiciones sociales fuera del círculo familiar. Mi infancia estuvo rodeada de protección, cariño y cuidados; crecí considerándome una niña valiosa. Coincidió con Santiago Ramírez al sostener que “infancia es destino”; creo que la infancia es nuestra patria: en ella se fincan los valores, los paisajes que nos identifican y los que amamos; se interiorizan ideales y actitudes frente a la vida. Durante mi niñez viví experiencias fundamentales que derivan de mis padres, entre ellas la vinculación con un sentido de igualdad.

Hay un episodio de esa época que recuerdo muy bien. En Pueblo Juárez hace frío durante febrero y marzo. Los niños caminaban por las mañanas tiritando. Un día, mi madre me dijo: “Vi a unos niños con tus pijamas, ¿se las diste?”. Lo había hecho porque supuse que a ellos les serían más útiles que a mí. Mi mamá no me regañó; sólo me pidió que la próxima vez que hiciera algo así, le avisara. A la mañana siguiente me obsequió un suéter. No es una mujer de muchas palabras: ése era un modo de premiar mi obra.

También recuerdo situaciones que viví con mi padre. Él poseía unas 40 hectáreas ejidales y en ocasiones contrataba mozos para la

siembra; éstos recibían su pago cada semana. Cuando tenía ocho o nueve años, pregunté a mi padre cuánto les pagaba. Me respondió que 10 pesos diarios; quise saber si me pagaría lo mismo si yo sembraba la tierra y me aseguró que sí. Así fue como me enseñaron la rutina: echar unos granos en un surco abierto y cubrirlos de tierra con el pie, dar otro paso y repetir la operación. Trabajé durante tres días y luego sufrí una insolación. Al sábado siguiente vi que los trabajadores se formaban para cobrar. Me puse en la fila y cuando llegó mi turno le dije a mi padre que quería que me pagara los 30 pesos correspondientes a mis tres días trabajados. Con pedagogía y respeto por mi labor me pagó los 30 pesos. Si él hubiera reaccionado de diferente forma, mi autoestima y confianza se habrían modificado.

Mi salida del núcleo familiar se dio cuando entré en la secundaria. Mis padres compraron una casa en la capital del estado con el fin de que viviera ahí y pudiera estudiar porque en mi pueblo no había secundaria. Aunque me mudé con una muchacha de servicio, pasé a la vida adulta sin una etapa intermedia de adaptación al tener que responsabilizarme de mí misma y de la casa. Visitaba a mis padres cada ocho días. No era una travesía sencilla: había que cruzar el río Armería en época de lluvias y no había puentes ni carretera o luz eléctrica; el trayecto se hacía en mula o caballo. Tres años después, mi hermana menor se mudó a la ciudad de Colima y vivimos juntas una larga temporada.

Desde entonces aprendí a valorar la independencia económica. Deseaba aliviar a mis padres de la carga de mis estudios, pues ellos no tenían recursos en abundancia. Cuando estaba en la preparatoria conseguí un trabajo en Teléfonos de México y ahí permanecí durante tres años. En ese lapso decidí que quería ir a la Ciudad de México a estudiar periodismo. La elección escandalizó a mis padres, pues ellos querían que estudiara una carrera más prestigiosa y menos sujeta a discusiones. En algún momento pensé en estudiar química, aunque no deseaba estar atada a un microscopio; también pensé en la carrera de leyes, pero no me percibía con mucho éxito por mi tendencia a defender a los menos afortunados.

Estudí en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García. Allí aprendí los rudimentos básicos de las técnicas de investigación, la estructura de las notas informativas y los diferentes géneros periodísticos. Para sostenerme trabajé como oficial administrativo en la Secretaría de Educación Pública (SEP). Poco a poco fui teniendo mejores puestos y me encargué de un folleto llamado *El Correo de*

la UNESCO (Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura), bajo la escrutadora mirada de Agustín Yáñez, entonces secretario de Educación, quien, por un extraño privilegio, vigilaba con rigor gramatical mis escritos y reprendía mis errores. Un compañero me comunicó que necesitaban un reportero para las páginas culturales del periódico *El Día* y me aconsejó llevar una nota redactada sobre mi vida, en lugar del currículo. Fui aceptada. En la SEP me ofrecieron facilidades para mantener los dos puestos; sin embargo, como Cortés, quemé mis naves y me dediqué de lleno al periodismo, aunque fuera una actividad menos remunerada que mi empleo anterior. Ingresé en *El Día* en 1970.

Desde entonces no he dejado de preocuparme por el mundo que me rodea, pero al mismo tiempo soy una persona que busca armonía y equilibrio interior. La lectura es muy importante para mí; prefiero los temas históricos porque las personas sin historia y sin memoria no tienen presente claro ni visión de futuro. Con este sentido histórico acabo de publicar un libro, *Apuntes sobre la actualidad mexicana*. A estas alturas de mi vida me siento agradecida con todas las personas que me han dado oportunidades para ser y realizar mi vocación y estoy satisfecha por haber podido aprovechar estas facilidades.

meterse en la cocina

Aunque también fui comentarista de televisión, mi carrera periodística se desarrolló en *El Día*. Cuando llegué al periódico había tres mujeres: Sara Moirón, colaboradora externa que después fue jefa de información, María Luisa La China Mendoza y yo, que trabajábamos de planta y teníamos que buscar un lugar junto a las secretarías para ir al baño, pues no había espacio para nosotras.

Fui reportera de asuntos culturales, analista de temas económicos, cronista de la Cámara de Diputados, jefa de información de *Crucero*, el diario vespertino de la organización, jefa de redacción, editorialista —fui la primera y la más joven, tenía 21 años—, directora de *El Gallo Ilustrado* —suplemento cultural de *El Día* dominical—, subdirectora, y en 1981 fui elegida directora del diario.

Con el puesto directivo vi culminadas mis aspiraciones más entrañables. Significaba una responsabilidad enorme, un auténtico compromiso. Se trata de un trabajo de tiempo más que completo que requiere un gran apoyo por parte de todos los colaboradores.

Es algo equiparable con un director de orquesta: se tiene que abdicar de todo sentido protagónico y hay que elegir a articulistas, cronistas, reporteros y editorialistas de calidad. Un periódico que tiene un contenido responsable y atractivo circula, tiene publicidad. Todo gira en un círculo virtuoso y hay que estar atentos en todos los ámbitos.

Considero que mi gestión fue consistente. Recibí la cooperativa que edita el periódico con números rojos y al marcharme, 12 años después, entregué buenas cuentas financieras. En cuanto a la información, todos nos esforzamos mucho. Trabajamos en la formación de una red amplia de corresponsales —que no había— en México y en el extranjero. Me parecía muy importante que el país tuviera una idea más precisa de lo que ocurría en el mundo como una forma de proyectar y defender los intereses nacionales, y nosotros, como medio de comunicación, podíamos hacer algo al respecto. Otro aspecto que se dio durante mi trabajo como directora fue la construcción de un edificio propio del periódico (antes se alquilaba), con espacio necesario para el personal, con servicios de regaderas y salas de descanso. Un periódico no duerme y es básico que los trabajadores tengan este tipo de beneficios.

También me preocupé por estimular el trabajo femenino. Dejé el periódico con 52 por ciento de reporteras. Una de las áreas más restringidas para la mujer eran los talleres. Costó muchas sanciones disciplinarias y despidos, pero se logró que las mujeres fueran respetadas y consideradas como compañeras de trabajo. Esto es producto de los cambios sociales y económicos del país. Abrí una sección dedicada a la mujer, *La mujer en el mundo*, para dar un giro al tema y alejarnos de lo que manejan las revistas femeninas.

En cuanto a la publicación en general, debo reconocer que yo coincidía con 80 por ciento de lo que se imprimía, pero había un porcentaje de información con la que no estaba de acuerdo y de cualquier manera había que publicarla por respeto a los colaboradores y a nuestros lectores. Un medio de comunicación que maneje una uniformidad de criterios y opiniones resulta aburrido. Un periódico es una suma de opiniones e intereses.

Nunca me enfrenté con una censura fuerte, pero sí llegué a recibir algunas expresiones de relativa intimidación. Una vez, por alguna noticia que seguramente no le agradó a un funcionario público, nos cortaron la energía eléctrica, pero se consiguió una planta de emergencia y el periódico pudo imprimirse. En otra ocasión, las salidas del edificio fueron obstruidas por carros sin placas de agen-

tes de seguridad. Todo aquello se relacionaba con una investigación que estábamos elaborando. Otro problema que tuvimos fue que durante una temporada, la librería El Gallo Ilustrado, ubicada en la planta baja del edificio, sufrió una racha de asaltos; suponíamos que no se trataba de simple delincuencia, sino que tenía que ver con un reportaje que se estaba realizando en el periódico. También llegaron a quitarnos publicidad cuando un articulista hizo un estudio sobre las desventajas del refresco —es nocivo para la salud y la nutrición y enemigo de una dieta balanceada— y una empresa de bebidas embotelladas retiró sus anuncios del periódico. De ese tipo son las experiencias que se enfrentan en este oficio. Bien dice el refrán: “Al que no le guste el calor, no se meta a la cocina”; todo es parte del ejercicio periodístico.

el mundo de la política

Durante muchos años vinculé mi trabajo en *El Día* con mis cargos legislativos. Fui senadora y diputada federal por el estado de Colima. Viví con intensidad mi vida parlamentaria. Después me ofrecieron ser subsecretaria de Gobernación, pero considerando el peso del Poder Ejecutivo en México, me pareció incompatible seguir al frente de *El Día* y decidí dejarlo.

Fui presidenta de la comisión de derechos humanos de la Cámara de Diputados y representante de México ante el Comité contra la Tortura de la Organización de Naciones Unidas. A lo largo de cuatro años, dos veces al año, durante 15 días, sesioné con este comité en Ginebra y conocí los problemas relacionados con las cárceles y el proceso penal. Me convencí de que viviremos en una sociedad más justa en la medida en que tengamos una verdadera cultura de derechos humanos.

También fungí como subsecretaria de Protección Civil y de Prevención y Readaptación Social de la Secretaría de Gobernación, es decir, responsable de cárceles y centros de reclusión para menores infractores, normatividad y equipamiento de los cuerpos de seguridad pública. Entre mis más grandes satisfacciones está el apoyo que pude dar para resolver el problema de sobrepoblación carcelaria, mediante la construcción de 16 mil nuevos espacios penitenciarios. También apliqué un programa de libertades anticipadas con el que se liberó de la prisión a más de 30 mil personas con bajo nivel de peligrosidad, que no habían tenido defensa por falta de

recursos o ésta había sido deficiente, que no tenían el conocimiento para buscar gestores y habían cumplido más años de los estipulados en su condena. La mayor parte de los liberados eran indígenas, campesinos y mujeres.

El asunto de las mujeres es relevante. En las cárceles de Tijuana, Ciudad Juárez, Matamoros, Reynosa y Ciudad Victoria, había muchos casos en los que alguna persona se les había acercado en la estación de autobuses y les había ofrecido dinero por llevar un bulto. En la frontera, alguien se encargaba de informar que en el camión viajaban traficantes de droga, creando confusión. Mientras la policía registraba el autobús, pasaban transportes con 10 toneladas de marihuana sin ningún tipo de revisión; las mujeres que llevaban el bulto en el camión eran aprehendidas. Se pudo ayudar a estas víctimas y se demostró que estarían mejor en sus casas, con los hijos a los que habían abandonado. Con el tiempo fui constatando que quien quiera transformar la realidad tiene que meterse en el amargo y duro mundo de la política.

También estaba convencida de que México requería una cultura de protección civil, así que implanté un programa para coordinar los esfuerzos de los gobiernos estatales e influir en los funcionarios dedicados a la materia. Trabajé en él durante dos años y fue incorporado como el Programa de Protección Civil para el periodo 1995-2000. Es un documento que involucra a diversos organismos de la sociedad civil, como la Cruz Roja y los medios de comunicación masiva, todo con el fin de crear una cultura de protección civil.

Posteriormente pasé a una segunda fase en mi desempeño dentro de la administración pública, como directora de una empresa paraestatal, Liconsa, que tiene como finalidad básica contribuir a mejorar los niveles de nutrición de los niños mexicanos. La empresa produce y distribuye 3 millones 600 mil litros de leche por día. Todo esto implica un enorme esfuerzo de organización, coordinación y vigilancia, sobre todo, en control de calidad. Estamos conscientes de que llegamos a un segmento de la población vulnerable, necesitado de protección y de cuidado: cinco millones 400 mil niños diariamente.

El subsidio se canaliza hacia familias que no reciben más de dos salarios mínimos y tienen niños menores de 12 años. El precio subsidiado de la leche que se expende en 12 mil puestos de distribución en el país es de un peso cincuenta centavos, mientras el precio de la leche comercial fluctúa alrededor de los cuatro pesos cincuenta centavos. Tenemos un presupuesto importante y debemos adminis-

trarlo adecuadamente. Somos una empresa que se ha modernizado porque necesita eficacia.

El programa de abasto social estaba concentrado en los grandes centros urbanos, principalmente en la zona metropolitana. Fue necesario extenderlo a las zonas rurales indígenas donde están los niveles más altos de desnutrición y pobreza: Oaxaca, Guerrero, Chiapas, Michoacán, Chihuahua, San Luis Potosí, el sur de Coahuila, la sierra norte de Veracruz, Hidalgo y Puebla. En la actualidad, menos de 60 por ciento del programa se desarrolla en zonas urbanas y más de 40 en zonas rurales e indígenas.

el matiz femenino

En este nuevo siglo, México pasará del régimen presidencialista a uno parlamentario. Vivimos un proceso de perfeccionamiento de la democracia. No acepto el término transición porque implica la ausencia de la democracia y creo que sí la hay aunque sea imperfecta. El poder público democrático es un medio para alcanzar objetivos de mejoramiento económico y social, pero no puede resolver íntegramente los problemas del país. Es muy importante la alternancia en el poder, pero no debemos pensar que inmediatamente quedarán solucionados todos nuestros conflictos.

De aquí en adelante, tendremos elecciones muy reñidas y creo que el pueblo mexicano tomará decisiones de acuerdo con los niveles de educación y sus intereses inmediatos, dos elementos básicos en el proceso electoral, su idea de estabilidad y sus aspiraciones. Una gran responsabilidad, sobre todo de los que tienen injerencia en la opinión pública, es trabajar por la estabilidad y la paz social; de otra manera, mejorar el nivel social y económico será imposible. En las circunstancias actuales lo que más conviene es consolidar el modelo económico en curso. No se puede prescindir de la competitividad comercial, de la apertura al exterior y de la productividad, lo que por tacañería se llama globalización, pero que es la generalización de la economía de mercado en el mundo.

Las empresas que en manos del sector público son ineficientes tienen que desincorporarse. Se necesita voluntad política para desincorporar activos en beneficio de pequeños y medianos productores y de la población que más lo necesita. No siempre se beneficia a estos sectores, pero puedo decir que para nosotros en Liconsa fue una cuestión prioritaria. Desincorporamos activos en

desuso, tanques de enfriamiento para hacer pequeños centros de acopio, y se los dimos a productores lecheros del país. Se cuenta con 500 centros más que han beneficiado a 48 mil ganaderos y han disminuido el abuso de los intermediarios. Ahora pueden refrigerar el producto y pelear por un mejor precio. Estas mejoras se han realizado en el marco de las leyes vigentes; es cuestión de voluntad política.

Por otra parte, la idea de nación —una nación no excluyente ni agresiva— será en el siglo XXI uno de los valores sustantivos del pueblo mexicano y resultará básica para la promoción y defensa de los intereses nacionales en esta etapa de generalización de la economía de mercado. México es una nación cultural: los mexicanos tenemos una gran capacidad creadora que está llamada a enriquecer la cultura y la civilización universales; tenemos un legado, pero también una gran riqueza humana, viva y dinámica, porque somos un pueblo pluriétnico y pluricultural. Necesitamos políticas públicas vigorosas en materia de creación y difusión culturales hacia el interior del país, dar a conocer la diversidad que enriquece e integra y requerimos también proyectarla hacia el exterior.

La mujer tiene un papel importante en la creación de este nuevo nacionalismo. Hay una forma de percibir, de enfocar, existe un matiz femenino. El mundo se contempla con tonalidades diferentes en los ojos de un hombre y en los de una mujer. Las diferencias no se quedan en la consideración del sexo; son palpables en todos los seres humanos. No hay que caer en la trampa de la generalización. Yo aspiro a que, en el ejercicio del poder, las mujeres sean juzgadas con un sentido individual porque con una visión de género se cometen injusticias. Una de las más frecuentes es la socialización del error de una mujer: cuando se equivoca, todas las mujeres son incapaces, y si comete un acierto, éste se individualiza. Para evitar este juego injusto, sería más adecuada la consideración de errores y aciertos siempre de manera individual.

Cada vez existen más elementos para que esto se dé. La condición de la mujer de finales de siglo es mejor que la de los primeros años. En la década de los sesenta, la mujer irrumpió en las universidades y con el paso del tiempo se convirtió en avalancha. En la actualidad, existen áreas de especialización ocupadas primordialmente por mujeres, lo que las coloca en ventaja en la sociedad de conocimiento y da señal de una identidad diferente. Estamos entrando en la sociedad del conocimiento. La revolución científica y tecnológica ha traído cambios importantes que han transformado

los sistemas de producción, asimismo dio pie a la economía de mercado y al desplazamiento de poder de la mano de obra y a la hegemonía del trabajo intelectual. No es casual el debilitamiento de los sindicatos de trabajadores de mano de obra ruda. La preeminencia de mujeres preparándose en las universidades les otorga ventajas en el mundo laboral de la sociedad del conocimiento. Esto desembocará en la equidad, en la justa remuneración de su trabajo y en su participación política.

Las mujeres vamos abriendo puertas y brechas y demostramos que somos capaces de hacer cualquier cosa. Recordamos nuestro origen y pactamos un compromiso con los que más apoyo necesitan. La salvación de millones de seres humanos ante la confusión de valores es no perder de vista el origen. El hombre es eje de todos los esfuerzos de desarrollo; es el sentido de humanidad lo que nos puede liberar de la confusión.

Socorro Díaz Palacios

Nació en Pueblo Juárez, Colima, en 1949. Estudió en la Escuela de Periodismo Carlos Septién García. Trabajó como reportera, editorialista, articulista y cronista para el periódico *El Día*. Como culminación a su labor periodística, fue nombrada directora general del diario, al frente del cual permaneció durante 12 años. Ha desempeñado diferentes cargos públicos: fue diputada federal (1988-1991), senadora por el estado de Colima (1982-1988), subsecretaria de Protección Civil y de Prevención y Readaptación Social de la Secretaría de Gobernación (1993-1994). En 1991 fue presidenta de la Gran Comisión de la Cámara de Diputados. En 1977 ganó el Premio Nacional de Periodismo en la rama de divulgación cultural por su labor en *El Gallo Ilustrado*, suplemento de *El Día*. Fue directora general de Liconsa, empresa paraestatal que intenta mejorar el nivel de nutrición de la infancia en México, así como secretaria general del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Actualmente se desempeña como directora general del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE).

mujeres y niños en el sueño de Bolívar

MARGARITA DIÉGUEZ

Mi carrera en el gobierno mexicano comenzó cuando yo era muy joven. En un inicio, al vincularme con el servicio público y, posteriormente, con el Servicio Exterior Mexicano, realicé todo tipo de labores, desde contestar el teléfono. Es curioso: en el Organismo para la Proscripción de las Armas Nucleares en América Latina y el Caribe (OPANAL) me inicié como secretaria y archivera y, posteriormente, llegué a ser presidenta de su consejo, de la comisión de cuotas y de la Conferencia General del organismo.

mujeres mexicanas del siglo xx reúne 208 entrevistas a mujeres que no padecen el predominio supremo de la actualidad: lo convencional. Cada trozo de vida, relatado por ellas mismas, es un universo, una historia universal. Cuántos acontecimientos en estos relatos, cuántas historias, una dentro de otra, que en cada atadura ocultan otras historias. El elemento común de éstos es su fuerza, su exceso de vida y la sed de gozar la existencia, como si al momento siguiente fueran a perder las fuentes del placer del vivir.

Enrique Arriola Woog

Editorial Edicol, Universidad Autónoma Metropolitana, Instituto Politécnico Nacional, Universidad Nacional Autónoma de México, Universidad Autónoma del Estado de Morelos, Universidad Autónoma de Nuevo León, Universidad Autónoma del Estado de México, Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.